

La reacción utópica a la crisis planteada por la industrialización

Katia Esteve Mallent
Departamento de Ciencias Políticas, Ética y Sociología
Universidad CEU UCH
katia.esteve@uchceu.es

Resumen: Como consecuencia del avance de la aparición de la primera y la segunda industrialización, emergieron asimismo una serie de problemas y costes desconocidos hasta el momento. Cuestiones como la falta de planificación urbanística, la falta de salubridad en las fábricas o en las ciudades industriales, la aparición de enfermedades infecciosas, etc. hicieron que un conjunto de intelectuales comenzase a evaluar no sólo sus costes si no a pensar en nuevas formas de organización y planificación de los espacios sociales y laborales haciendo frente al modelo capitalista imperante.

La comunicación que aquí proponemos pretender reivindicar la importancia que estos pensadores tuvieron tanto en países fuertemente industrializados como Gran Bretaña o Francia, pero también en España, generando un movimiento político partidario de la búsqueda de sociedades más justas y armónicas.

Palabras clave: utopía, poder, liberalismo español decimonónico, cooperativismo

Reseña biográfica: Licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración (2008), y Doctora en Ciencias Políticas (2017) con mención internacional, con una tesis sobre la influencia de Robert Owen en el pensamiento utópico español, obteniendo el Premio Extraordinario de Doctorado del área de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad CEU Cardenal Herrera (2018). Ha realizado distintas estancias de investigación en diferentes centros especializados entre los que destacan el National Cooperative Archive (Manchester, Reino Unido), New Lanark Heritage Centre (Escocia, Reino Unido) o la Universidad de Granada. Ha sido investigadora con plena dedicación en los Proyectos I+D+i del MINECO FFI2010-17670 y FFI2013-42443-R, en el seno de los cuales ha organizado y participado en diferentes jornadas de divulgación científica. Su línea de investigación se centra, fundamentalmente, en la relación existente entre la utopía y la política. Es profesora del Departamento de Ciencias Políticas, Ética y Sociología de la Universidad CEU Cardenal Herrera.

I. Introducción

En el periodo que comprende la segunda mitad del siglo XVIII y el siglo XIX, se producen grandes cambios políticos, económicos y sociales. Se trata de una época en la que se consolidará la liberalización del individuo que, a partir de su participación en diversas revoluciones, rompe con las ataduras del Antiguo Régimen. Se entierra la categoría de súbdito que es sustituida por la condición de ciudadano. Las prerrogativas desaparecen y nacen los derechos individuales. La ley iguala a todos los hombres, destruyendo a su paso viejas ataduras sociales. Es el tiempo de “la Historia, del nacimiento del Estado nación y del positivismo (...) grandes temas que excluyen -en principio- la utopía (Borsi, 1997:43). Sin embargo, será precisamente en este momento cuando más experimentos prácticos se producen en la historia (Claeys, 2011). El siglo XIX es un siglo de utopías. Y es que, a pesar de que se había ampliado el universo social del individuo, la desigualdad y la injusticia no harán más que acrecentarse con el desarrollo, y posterior consolidación, del

sistema industrial. En este contexto de conflicto social y otros problemas derivados de un rápido crecimiento poco planificado, el pensamiento utópico irrumpe, nuevamente, como modelo social y productivo en el que la armonía se convierte en una respuesta alternativa (Manuel, 1982).

A lo largo de las siguientes páginas exploraremos lo que supuso la configuración de ese nuevo escenario, así como, los principales problemas que de él se derivaron. Posteriormente, dibujaremos un mapa con los pensadores utópicos fundamentales atendiendo, en último lugar, a cómo estos incidieron en nuestro país. Todo ello con el ánimo de comprender como todos estos pensadores resultaron fundamentales para dar respuestas a un tiempo de crisis.

II. Un nuevo escenario económico, político y social: los orígenes de la Revolución Industrial y el liberalismo

Si bien la práctica habitual es asociar el origen del liberalismo y de la Revolución Industrial a fechas concretas (1688, 1776, 1789...), en realidad ambas fueron consecuencia de un conjunto de cambios que comenzaron a gestarse mucho antes. El que se experimentó entonces no habría sido posible si no se hubiese dado una paulatina revolución demográfica, comercial y financiera, asociada, a su vez, a un absoluto cambio de mentalidad.

II.1. Cambios demográficos, crecimiento económico y liberalización del individuo

Señala Flinn que “la expansión económica y el crecimiento demográfico están íntimamente relacionados: la primera raras veces aparece sin el segundo” (Flinn, 1970: 49). Durante la primera mitad del siglo XIX, la población inglesa, por ejemplo, se duplicó, y aunque faltan datos fiables que especifiquen cómo era el crecimiento demográfico hasta entonces, todo apunta a que estaba estancado, creciendo a un ritmo constante muy inferior al señalado (Flinn, 1970). El aumento demográfico trajo consigo la expansión de la demanda de productos estimulando el desarrollo del mercado interior (Hill, 1980).

Poco a poco fue gestándose un mercado alrededor del ámbito agrario que abandonaba la tradicional lógica de autoabastecimiento presente hasta el momento. Este viraje favoreció la aparición de una nueva mentalidad que reclamaba la introducción de mejoras en el sector agrícola para aumentar los beneficios que este proporcionaba. El sector agrícola fue cada vez más productivo y eficiente valiéndose además de los avances técnicos y de mecanización.

La intensificación de la producción “requería no sólo la división del trabajo y la ayuda de herramientas especializadas, sino también apoyo de un sistema organizado de transportes, comercio y crédito” (Ashton, 1959: 50). En este sentido, la introducción del vapor en el sector industrial fue de vital importancia pues multiplicó la capacidad productiva y expansiva del sector de manera exponencial (Meakin, 1905). Esto propició que el incipiente sector industrial se concentrase tanto personal como geográficamente, trasladándose los nuevos centros productivos a lugares cercanos a los recursos energéticos necesarios (Benevolo, 1979).

También fue vital el desarrollo de avances en torno al sector de la siderurgia pues permitió importantes adelantos en materia de construcción de fábricas y perfeccionamiento de la maquinaria (Benevolo, 1999).

A medida que se gestaba un nuevo sector industrial, la demanda de mano de obra era cada vez mayor. Potenciada por la extensión de los mercados tanto a nivel interno como a nivel externo, la ingente necesidad de trabajadores en las nuevas áreas industriales generó una importante movilidad demográfica y con ella, una rápida urbanización que alteraba

sustancialmente la tradicional manera de organizar el espacio (Stevenson, 2003). Ello dio lugar a la tensión entre lo rural y lo urbano. El crecimiento de las aldeas o villas rurales fue tan rápido que surgieron nuevos núcleos urbanos donde la forma de vida cambió por completo.

El empleo se transformó sustancialmente (Mann, 1968). El individuo abandonó una forma de trabajar asociada al campo y en dependencia plena de las condiciones meteorológicas, para pasar a desenvolverse en el interior de una fábrica donde poco importaba lo que sucediese fuera (Ansary y Schoonbrodt, 1989). El número de trabajos se multiplicó y también lo hizo la movilidad de los nuevos obreros que, a partir de entonces, experimentaron frecuentes cambios de empleo y de ciudad, algo prácticamente imposible en la sociedad agraria.

Asimismo, la densidad poblacional se vio notablemente afectada con la construcción de bloques de viviendas. La homogeneidad que había caracterizado la comunidad rural pasa a manifestarse en la urbe como una amalgama de gentes muy distintas entre sí. Frente a relaciones simples y primarias basadas en una solidaridad mecánica, se multiplican los contactos que son cada vez más cortos y con un mayor número de personas. Según Durkheim, la consecuencia de ello es que “los lazos que unen al individuo con su familia, con el suelo natal, con las tradiciones legadas por el pasado, con los usos colectivos del grupo, se aflojan” (Durkheim, 1967: 339), alterando directamente las tradicionales formas de interpretar la vida.

Frente a un sistema que favorecía el estancamiento, la modernidad emergió como un nuevo estadio en el que el afán por dominar el mundo, aquí y ahora, se puso de manifiesto. La ciencia se convierte en la vía natural del conocimiento y la persona pasa a ocupar el centro del Universo.

III. Los problemas derivados de un cambio de modelo económico, político y social sin precedentes

El progreso del Estado Moderno trajo aparejado, sin embargo, un conjunto de problemas hasta entonces inexistentes. Entre los principales problemas destacan: la pésima calidad de los alojamientos fabriles; las carencias de salubridad; la aparición de un nuevo tipo de pobreza ligada a una nueva forma de trabajar; o la pérdida paulatina de moralidad entre las gentes.

III.1. La vivienda obrera

La aparición de las grandes colonias industriales atrajo la llegada de un gran número de familias en busca de trabajo. Con la llegada de la industrialización, la movilidad sociodemográfica se convirtió en un hecho y las zonas industriales recibieron una afluencia constante de personas, dispuestas a cambiar de casa en función de la oferta de empleo disponible.

El trabajo agrícola perdió atractivo influido por fenómenos como la aparición de las leyes de cercamiento, que eliminaban las pequeñas propiedades agrícolas en favor de la aparición de las grandes fincas. La introducción de la maquinaria en los procesos de siembra y cuidado de las tierras tampoco benefició al campesino que vio como su jornal se reducía considerablemente. Paralelamente, las colonias industriales demandaban mano de obra constante, estimulando un movimiento poblacional de carácter laboral inexistente hasta entonces (Watson, 1969).

La ingente llegada de personas a estas ciudades industriales puso de manifiesto que el número de viviendas disponible era del todo punto insuficiente. El sector inmobiliario emergió como un mercado en alza. Sin embargo, su falta de regulación y planificación

pronto pusieron de manifiesto graves deficiencias. Sirva como ejemplo las palabras que a principios del siglo XIX escribía Engels detallando las características de un barrio obrero medio manciuniano: “Cada casa está construida sin tener en cuenta a las demás, y los espacios libres que quedan entre las viviendas se designan con el nombre de patios, a falta de otro mejor. En las partes relativamente nuevas del mismo barrio (...) encontramos una disposición más sistematizada. El espacio entre dos calles está dividido en patios más regulares, en general de forma rectangular (...) y se llega a ellos desde las calles por corredores cubiertos. Pero si el complicado modo de construcción, sin plan alguno, era ya nocivo para los habitantes, por el impedimento que significaba para la buena ventilación, este método de encerrar a los obreros en patios cerrados por todos los lados es todavía más perjudicial (...) Y como la administración de las calles no se preocupa por el estado de los patios en cuestión, pues todo lo que se arroja puede permanecer tranquilamente en ellos” (Engels, 1965: 71-74).

III.2. Un nuevo ambiente contaminado

Como consecuencia de la Revolución Industrial y la pronta transformación del entramado productivo, los poblados y ciudades industriales tuvieron que soportar un conjunto de actividades para las cuales no estaban preparadas.

La eliminación de los desperdicios se hizo muy complicada en un entorno en el que no existían mecanismos para la canalización de las aguas. La ventilación era, en la mayor parte de los casos, muy deficiente, pues los hogares se habían dispuesto sin seguir ningún orden ni criterio. El ambiente viciado hizo que la predisposición a contraer enfermedades se elevase considerablemente.

Además, dado que rara vez las calles de los barrios obreros estaban pavimentadas (Kay, 1969: 28), el polvo y la suciedad infestaban el ambiente. Enfermedades como la viruela, el sarampión, la tos ferina o el cólera asolaban los barrios obreros.

En el interior de las fábricas el ambiente era igualmente pernicioso. El dióxido de carbono, el vapor de agua, la liberación de distintos gases y residuos tóxicos caracterizaron la composición del aire en las colonias industriales. Como consecuencia de ello, el número de enfermedades pulmonares se dispara (Rule, 1990: 215).

El aire no era lo único que contaminaban las fábricas, también teñían las aguas. En los inicios de la Revolución Industrial, la gran mayoría de factorías se instalaron cerca de los ríos donde encontraban su fuente de energía para hacer funcionar las nuevas máquinas que empleaban. Sin embargo, los ríos no sólo sirvieron para abastecer de recursos energéticos, también serán utilizados como depósitos de todos los residuos, contaminando gravemente el entorno.

Las ciudades industriales se convirtieron en lugares sumamente insalubres. De hecho, “trasladarse a una ciudad significaba trasladarse a una vida más corta” (Rule, 1990: 135).

III.3. Una nueva forma de trabajo asociada a la pobreza

En la nueva ciudad industrial la miseria y la desigualdad se hicieron cada vez más evidentes (Buret, 1840). De hecho, en poco tiempo, los gobiernos tuvieron que desembolsar importantes partidas presupuestarias para hacer frente a dicha lacra social. En Inglaterra, por ejemplo, mientras que a finales del siglo XVIII dicha inversión no suponía ni un millón de libras, antes de llegar a la mitad del siglo XIX, el gasto ya había alcanzado los siete millones (Watson, 1969: 6). Este aumento exponencial de la desigualdad respondería a varias causas asociadas, en gran medida, a una nueva concepción del trabajo.

Las nuevas formas de producción traerán consigo el uso generalizado de la máquina en toda la cadena productiva (Mumford, 1998). Las máquinas comenzaron a ocupar un

espacio central en el nuevo sistema productivo que repercutió de forma directa en el mercado laboral. La nueva mano de obra demandada será de poca cualificación, baja remuneración y con falta de seguridad y estabilidad laboral. Bajo la lógica del nuevo capitalismo, la existencia de “una oferta de trabajo creciente y elástica, es decir, a un precio relativamente bajo, era condición indispensable para un desarrollo industrial que necesitaba sobre todo (...) utilizar en plena dedicación y en turnos continuos no sólo mano de obra adulta y masculina, sino también de mujeres y niños” (Castronovo, 1975: 53). El nuevo obrero industrial, independientemente de su edad, sexo o condición, se sabía fácilmente sustituible.

La puntualidad se convirtió en un valor fundamental para el correcto funcionamiento de la fábrica. Que el trabajador recibiese su salario íntegro dependía directamente de aquello que hubiese quedado reflejado en los libros de entrada y salida. Si su capacidad de trabajo sin descanso se veía mermada, también lo hacía su jornal.

Las máquinas permitieron fabricar más en menos tiempo, clave fundamental para aumentar el beneficio dentro del nuevo sistema capitalista. Este fenómeno vino unido a la aparición recurrente de crisis de superproducción, en las que la oferta y la demanda se desequilibraban. En esta situación, para que el empresario siguiese obteniendo ganancias, era necesario reducir la producción y sus costes, siendo la mano de obra la principal perjudicada.

La falta de estabilidad, la precariedad o la reducción de los salarios se convirtieron en características habituales del trabajo obrero. Además, muchos de los nuevos obreros industriales enfermaban como consecuencia precisamente de las condiciones laborales a los que eran expuestos día tras día en la fábrica. El uso exhaustivo de máquinas hizo que los accidentes fueran frecuentes y se generalizó la figura del tullido. Lamentablemente, la expulsión de estas personas del mercado de trabajo acababa repercutiendo también en sus posibilidades reales de acceder a bienes básicos.

La implantación del capitalismo hizo que la cultura pecuniaria se implantase por completo: el negocio se haría con todo tipo de productos, fuesen bienes de primera necesidad o de lujo (Díez, 2014). Durante el siglo XIX el poder adquisitivo de la gente aumentó, pero no lo hizo en igual medida para todos. Las diferencias entre las clases más pudientes y las clases obreras se hicieron cada vez más evidentes, diferencias que se manifestaron en el mercado inmobiliario y también en el de la alimentación (Beer, 1984). A mayores ingresos, mayores posibilidades de obtener una buena alimentación. Tener una alimentación equilibrada, básica para el correcto crecimiento y desenvolvimiento del individuo, era un privilegio con el que muchos no contaban.

Si bien la pobreza no se inauguró con la Modernidad, con la implantación del sistema capitalista, el número de personas que, aún trabajando, necesitarían asistencia social aumentó significativamente (Ashton, 1959).

III.4 Una nueva forma de entender el mundo: la pérdida de la moralidad

La despersonalización comenzó a marcar el día a día en las grandes ciudades industriales. La nueva población industrial quedó “completamente desarraigada de cualquier cosa que sostuviese las normas y valores de la comunidad tradicional” (Rule, 1990: 229).

La ciudad moderna trajo consigo nuevas formas de ocio. Pequeñas tiendas de comestibles y licorerías pasaron a ocupar los bajos comerciales de los entornos fabriles. El entramado industrial rara vez contaba con parques o zonas ajardinadas en las que poder disfrutar del tiempo libre. Los principales perjudicados fueron los más pequeños que danzaban libres por las calles sin recibir atención alguna por parte sus progenitores. Ello unido a la escasa educación que recibían, no hacía más que conformar nuevos ciudadanos carentes de cualquier valor ético o social.

La mercantilización también llegó al cuerpo, hallándose su máxima expresión en el mercado de la prostitución. Hasta mediados del siglo XIX, la prostitución fue algo común entre las obreras más pobres (Walkowitz, 1980).

Las tasas de delincuencia también aumentaron. Durante la primera mitad del siglo XIX, el número de crímenes aumentó un 50% en Inglaterra, llegando al 100% en los distritos fabriles (Faucher, 1844).

No fueron pocos los que señalaron que cuestiones como la delincuencia, las altas tasas de alcoholismo, la prostitución o la promiscuidad se debían a la naturaleza inmoral de las clases más pobres, cuyas características más notables eran el vicio y la ociosidad. Otros, sin embargo, se esforzaron por analizar dónde residía la verdadera razón de dichos problemas, generando toda una corriente de pensadores que planteaban proyectos y reformas que pretendían aliviar esta situación, entre los cuales se encuentran, precisamente, los socialistas utópicos.

IV. El socialismo utópico: principales ideas y pensadores

La ciudad liberal se convirtió en escenario de reflexión como nunca antes lo había hecho. Muchos vieron en la metrópoli moderna la oportunidad para hacer negocio y enriquecerse a partir de la disolución de los estrechos lazos que constreñían la actividad económica y las relaciones sociales. Otros, ante el inminente desarrollo del individualismo, anhelaron las tradicionales formas de asociación y defendieron la constitución de nuevas comunidades en las que la humanidad, entendida en clave de colectividad y solidaridad, marcara el devenir histórico de la civilización venidera. A continuación, analizaremos brevemente qué fue el socialismo utópico y quiénes fueron sus principales representantes.

IV.1. El socialismo utópico: una introducción

A pesar de que la imposibilidad de definir al “socialismo” se ha puesto de manifiesto en repetidas ocasiones (Cole, 1964), será en 1832, con su aparición en el periódico francés saint-simoniano *Le Globe*, cuando adquirirá su significado moderno, designando “las alternativas políticas opuestas al individualismo liberal y preocupadas por resaltar el aspecto social, cooperativo y comunal de las relaciones humanas” (Del Águila, 2010: 65-66). El apellido utópico proviene, sin embargo, de la obra de Friedrich Engels, *Socialismo utópico y socialismo científico*, publicada en 1880. Para Engels estos primeros socialistas teorizaban sobre: “un sistema nuevo y más perfecto del orden social, para imponérselo a la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda, y a ser posible con el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelo” (Engels, 1961: 39). El calificativo “utópico” será empleado, precisamente, para diferenciar estas primeras ideas socialistas de aquellas que Engels y Marx propondrán a partir de entonces bajo la denominación de “socialismo científico”. Para estos últimos, los “utópicos” habían descuidado lo material al confiar que la salvación social podía lograrse por medio de reformas. Y es que confiaron en que el mundo abandonaría el “capitalismo por pura evidencia y filantropía” (Bloch, 2006: 127) frente a los “científicos” que consideraron que sería necesario poner en marcha todo un conjunto de medidas revolucionarias llamadas a terminar con la “superestructura” y “estructura” del sistema hasta entonces vigente.

A partir de entonces, bajo el calificativo de “socialismo utópico” se agruparon varios autores que no pertenecían, sin embargo, a una escuela de pensamiento homogénea (Taylor, 1982). A pesar de que había ciertas ideas y principios que compartían, también hubo muchos elementos fundamentales sobre los que discreparon. Seguidamente esbozaremos aquellos elementos que sí compartieron.

Frente a proyectos utópicos anteriores, en el socialismo utópico “a la perfectibilidad moral se suma el deseo de bienestar material; de goce” (Trousseau, 1995: 242). Al reformista del XIX le preocupan las condiciones sociales de vida y por ello, cualquier proyecto planteado perseguirá tanto el ideal de ciudad como las condiciones materiales en que a partir de entonces vivirá el individuo.

Los utópicos del XIX observaron el “progreso como un avance lineal, sin inflexiones” (De Cabo, 1987: 18). Detestaban los cambios revolucionarios, sinónimos de violencia y forcejeo. La extensión de un Estado mejor vendría como consecuencia de un cambio de mentalidad propiciado por un nuevo sistema educativo. No era preciso forzar una situación mediante una revuelta violenta: el ejemplo y la imitación bastarían para transformar la sociedad. Si se daban a conocer los parámetros de la nueva comunidad y quedaba demostrado su mejor funcionamiento, las naciones la instaurarían “sin derramamientos de sangre” continuando “el curso que tenían que seguir infaliblemente las cosas” (Manuel y Manuel, 1981-1984: 70). Participarán en coloquios, colaborarán en periódicos, publicarán libros, se reunirán con personas reputadas e influyentes del momento, etc., todo con el único objetivo de publicitar e impulsar aquello en lo que creían.

Les obsesionaba la “cuestión social”. La competencia y la individualidad generalizadas en las sociedades capitalistas del momento no podían, por sí mismas, traer la felicidad a los hombres. La cooperación entre sus gentes, el trabajo en consonancia con los otros y el compartir valores y prácticas, resultaban vitales para la verdadera felicidad humana. El hombre necesitaba de los otros para sentirse verdaderamente completo: no bastaba con la búsqueda individual de la vida dichosa. La autorrealización del individuo únicamente sería posible “dentro de un estado de comunidad” (Manuel y Manuel, 1981-1984: 78).

Algunos señalan que otra característica típica del socialismo utópico es la desconfianza que sus autores presentan hacia la política (Cole, 1964). En sus teorías, en las relaciones sociales parece estar la base de todo y la dirección de estos asuntos “deberían de ejercerla principalmente no los parlamentos o los ministros, sino los ‘productores’” (Cole, 1964: 11). El Estado, observado como algo artificial, se entiende “como un residuo del pasado que había que esquivar lo mejor posible (...) de manera que los hombres pudieran enfrentarse directamente a sus auténticos problemas, que eran de orden moral, social y religioso” (Manuel y Manuel, 1981-1984: 79).

Por último, y relacionado con los puntos señalados anteriormente, los socialistas utópicos hicieron de la armonía su bandera. Convencidos de que el mundo era por sí mismo un sistema ordenado y perfecto, confiaron en que las relaciones humanas también lo eran (Taylor, 1982: 5). Sostuvieron una visión antropológica del hombre completamente diferente a la imperante en el momento: la tendencia a la competición cede frente a la cooperación, característica que se considera inherente a la condición humana. En la cooperación radica la clave para comprender el por qué de su reacción hacia cualquier acto revolucionario. El verdadero cambio vendría de una forma pacífica, cuando los hombres, independientemente de su condición o clase social, comprendiesen su verdadera naturaleza. No hay en la utopía decimonónica lugar para la violencia, pues si se “llegaba a descubrir la sociedad ideal y demostrar que era racional, nada, pensaban, podría oponerse seriamente a ella” (Morton, 1970: 117).

Como hemos avanzado anteriormente, en el movimiento utópico del XIX tampoco faltaron las divergencias entre pensadores. Las discrepancias vienen asociadas a campos muy diversos como pueden ser el sistema económico que debe predominar en la sociedad, el debate sobre la abolición o no de la propiedad privada, la idoneidad del estatismo o del comunismo como formas de organización social... siendo los principales pensadores de esta corriente el Conde de Saint Simon, Charles Fourier y Robert Owen.

IV. 2. Conde de Saint Simon, Charles Fourier y Robert Owen

Por lo que respecta al primero de los pensadores, el Conde de Saint-Simon, muchos consideran que se trata del primer socialista moderno (Leroy, 1950). De espíritu emprendedor e innovador, Saint-Simon propuso distintas medidas en las que quedaba clara su confianza hacia el papel que el ser humano debía desempeñar en el dominio de la naturaleza. Para éste, el progreso social estaba unido al sistema productivo de cada nación. Esto le llevó a defender que la clase improductiva y ociosa “debía de ser suplantada por la nueva clase dirigente, formada por los científicos y, en segundo momento, por los grandes capitanes de la industria” (Bravo, 1976: 89). Frente a otras corrientes que defendieron la vuelta a los sistemas productivos tradicionales unidos a la economía agraria, Saint-Simon apostó por el afianzamiento y el desarrollo de la industria, en la cual se encontraba el verdadero progreso. A pesar del marcado carácter industrial de la teoría saintsimoniana, no hay en ella espacio para la “lucha de clases”. El antagonismo entre los intereses de una clase y de otra desaparece con la constitución de una nueva comunidad que mira por el bienestar de todos.

Esta nueva sociedad se sustentaría sobre una base tecnocrática dotada de los mejores medios y profesionales que organizaría, diligentemente, todos los elementos necesarios para asegurar el bienestar general de los individuos. En esta nueva sociedad meritocrática, la educación jugaría un papel fundamental. Saint Simon defiende, además, la importancia de desarrollar una religión cívica, encargada de facilitar una base moral y social común a toda la comunidad (Cole, 1964). En resumen, en el modelo saintsimoniano el futuro armónico debía de “apoyarse en la ciencia, expresarse en la industria y coronarse como una nueva religión” (Lanceros, 2010: 13-14). Saint Simon se adelantó, además, a la realidad política europea, vaticinando la constitución de una asociación internacional que se alzase por encima de cualquier localismo. La industrialización y el progreso superarían las fronteras nacionales dando lugar a una gran comunidad rica y próspera en la que todos los individuos vivirían en comunidad y en armonía.

Charles Fourier, a diferencia del pensador anterior, no creía en el progreso de la civilización y consideró que ésta únicamente había traído desorden a la naturaleza (Díez, 2014: 397). Alegaba que en la civilización el hombre se veía forzado a reprimir sus pasiones, generando frustraciones individuales y conflictos sociales.

Fourier se propuso “tomar al hombre tal como era, un ser lleno de pasiones y deseos, y, combinando estas pasiones, esperaba hacerlo plenamente feliz” (Manuel y Manuel, 1981-1984: 158). Frente al interés manifiesto de otros por moralizar al individuo, defendió la construcción de una nueva sociedad que fuese coherente con la verdadera forma de ser del ser humano (Trousseau, 1995).

Fourier comprobó que en un estado “civilizado” la unidad básica era la familia, a partir de la cual se conformaba posteriormente el Estado, una institución que consideraba antinatural. Propuso, por el contrario, recuperar el “orden societario” a partir de la construcción de la falange, una forma de organización social financiada de manera voluntaria, libre de cualquier intromisión del Estado y estructurada siguiendo las tendencias innatas del ser humana.

En lo que a características económicas se refiere, el falansterio se proyecta como una comunidad agrícola preparada para albergar a unas mil seiscientas personas. A diferencia de Saint-Simon que defendía que la comunidad armónica sería industrial, Fourier detestaba las características de la producción industrial. Siendo el alimento una necesidad básica del ser humano, la agricultura habría de convertirse en el sector productivo más importante en la economía de la falange.

La educación, por su parte, estaría llamada a desarrollar “todas las facultades físicas e intelectuales, especialmente la capacidad para el amor y el placer” (Manuel y Manuel, 1981-1984: 174). Frente a un modelo educativo que reprimía e intentaba moralizar a los más jóvenes, Fourier defendió la importancia de avivar las pasiones.

Para constituir una nueva comunidad en la que la felicidad reinase por encima de todas las cosas, Fourier reparó en la misión reformadora de la arquitectura y el urbanismo, y detalló de manera muy minuciosa la manera en la que el falansterio debía ser construido. Frente a una comunidad en la que el beneficio pecuniario marcaba el devenir de la Historia y fragmentaba y reglamentaba para ello toda tarea productiva en busca de la máxima eficiencia económica, Fourier planteó un nuevo tipo de sociedad en la que las pasiones y el libre albedrío garantizarían el verdadero progreso.

Finalmente, y no por ello menos importante, destaca el pensador galés, Robert Owen. Según Cappelletti, Owen “se distingue de Saint-Simon y Fourier, sobre todo por su actividad práctica y por su actitud experimental en el terreno de las realizaciones socialistas” (Cappelletti, 1968: 92). Mumford señaló, en este mismo sentido, que si bien Owen suele asociarse con el utopismo, “su obra pertenece más al mundo ‘real’ que a los idola de la utopía” (Mumford, 2013; 123).

Si la clave de la ciudad armónica de Saint-Simon se encuentra en la ciencia y en la industrialización racional, y la de Fourier en el fomento y el desarrollo de las pasiones humanas, la piedra angular del pensamiento de Owen gira en torno a la idea de que el carácter del ser humano es resultado del ambiente que lo rodea. Creyó que la personalidad y la conducta humana podían ser moldeadas. Frente a aquellos que criticaron la naturaleza depravada del nuevo ciudadano-obrero, Owen se esforzó por demostrar que las conductas delictivas y amorales no sólo se reducirían, sino que se eliminarían por completo si se erradicaban ciertos aspectos y condicionantes de la vida de estas gentes.

El hombre, para Owen, no era un ser malo por naturaleza, sino que, como ya había avanzado previamente Rousseau, era la ciudad la que “con sus productos, las artes y las letras, la que al alejar al hombre de la naturaleza ha corrompido sus costumbres hasta sumirlo en la depravación moral y la inopia intelectual” (Cairol, 2012: 36). A pesar de que otros, como Fourier, también se preocuparon por la importancia que el ambiente podía ejercer en el devenir del individuo, sólo Owen parece consciente de la utilidad que esto puede tener para “reformular” al individuo.

Entre sus principales preocupaciones figuran la importancia de: transformar el trabajo, convencido de que era la fuente de toda riqueza; la educación, a la cual consideraba como elemento esencial para conformar el ciudadano del mañana; y, la cooperación, como base de una comunidad armónica. Elementos, todos ellos, que practicó de manera intensa en todos los experimentos utópicos que puso en marcha a lo largo de su vida.

V. El impacto del socialismo utópico en España, un país de incipiente industrialización

En lo que concierne a España, son muchos los que niegan que la Revolución Industrial se diese en nuestro país, al menos durante el siglo XIX. Entienden que dicho proceso no se dará hasta la llegada del siglo XX dado que todos los posibles avances acometidos con anterioridad seguían inmersos en la lógica manufacturera de actividad espontánea, careciendo de una verdadera política industrial análoga a la de otros países europeos (Donges, 1976: 25).

En la España del siglo XIX, en contraposición con lo que había sucedido en el siglo anterior, ni la innovación ni el desarrollo científico fueron incentivadas. Según Tortella Casares se debe a “la rigidez y el tradicionalismo de los valores socio-culturales

españoles” (Tortella, 1975: 4) que fomentaron la pervivencia de ciertas instituciones medievales que entorpecían el despegue económico y social de un amplio sector de la población. A pesar de las políticas de desamortización y de supresión de señoríos, el patrón de la sociedad anterior no varió demasiado: unos pocos concentraron la mayor parte de la propiedad y otros muchos seguían teniendo que vender su fuerza de trabajo para asegurar su sustento. De hecho, aquella parte de la población que antes había estado “protegida” bajo la figura del arriendo, pasó a ser jornalera, perdiendo con ello cualquier tipo de “derecho adquirido” (Nadal, 1989: 60-61). En un mundo en el que, aparentemente, nada había cambiado, la innovación y el aumento de la productividad perdieron su incentivo.

En un contexto en el que la figura del emprendedor era una excepción, la apuesta por la ciencia y la técnica resultó escasa (Casariego, 1950: 12). La economía española decimonónica apostó por el desarrollo del capitalismo agrario, quedando el resto de sectores gravemente marginados (Maluquer, 1977). De hecho, a finales del siglo XVIII “España seguía siendo un país importador de manufactura y un exportador de materias primas y alimentos” (Nadal et. al., 2003: 29). Las técnicas productivas empleadas en la industria agroalimentaria o textil siguieron siendo mayoritariamente manuales de tal forma que es común emplear el término de “proto-fábrica” más que el de fábrica. Además, como consecuencia del aumento demográfico, hubo abundante mano de obra disponible, poco formada (Nadal et. al., 2003: 29) y barata. Según Maluquer de Motes “la proletarización del campesinado resultó un factor de estancamiento” (Maluquer, 1977: 46-47), que perdió el interés por la formación y la innovación a la vez que se sentía amenazado por la introducción de máquinas en el ámbito laboral. Asimismo, el potencial comercial del país se vio mermado por una red de transportes apenas existente, derivada de la falta de impulso estatal, de capital y de conocimientos técnicos, entre otros (Tortella, 1975: 163-164).

En lo que a recursos productivos y energéticos se refiere, el principal problema no residía tanto en la falta de recursos productivos sino en la falta de recursos energéticos. Dicha escasez se vio agravada por el retraso tecnológico que dificultaba enormemente la extracción de los recursos disponibles. Siendo el carbón el principal recurso energético disponible en España, a finales del siglo XVIII, todavía era una forma de combustible que “contaba con escasísimos adeptos” (Nadal, 1989: 123). Y es que, a pesar de que existían importantes yacimientos de carbón, al estar ubicados en zonas montañosas y rocosas de difícil acceso, su coste de explotación resultaba demasiado elevado (Nadal et. al., 2003: 78).

En el capital financiero residía otro de los grandes problemas del desarrollo de la industria española. Durante el pasado España había participado activamente en diversos conflictos bélicos, haciendo que las arcas públicas se resintieran de manera muy notable. Esta situación se hizo especialmente gravosa con el estallido de la Guerra de la Independencia en la que las colonias, que hasta entonces habían saneado la Hacienda española, agilizaron su emancipación de la metrópoli dejando al país en completa bancarrota (Artola, 1991). Frente a un vaciamiento endémico de las arcas, España recurrió a la emisión de deuda (Nadal et. al., 2003). España caía “en manos del crédito internacional”, incapaz de mantener por sí misma su Hacienda en números positivos (Vicens, 1982: 110).

Otro de los indicadores clave en el desarrollo de una sociedad industrial es la evolución de la demanda. Si bien durante el siglo XVIII y principios del XIX la población y el número de tierras cultivadas aumentaron significativamente, “la renta de la mayoría de los españoles procedía del salario agrícola pagado en especies y alojamiento” (Tuñón de Lara, 1985: 52). Los sueldos en las primeras fábricas también eran bajos, de tal modo que el nivel de renta seguía siendo muy limitado. Además, con la pérdida de las colonias

americanas se cerró un mercado privilegiado (Artola, 1991). Tanto el mercado interior como el exterior resultaban poco competitivos en comparación con los de aquellos países vecinos en los que la industrialización ya había despegado. A ello se suma que, la gran mayoría de medidas de modernización económica no se producirán hasta la muerte de Fernando VII.

Sin embargo, pese al evidente retraso que España tenía en comparación con otros países europeos, “la incapacidad de la monarquía para recuperar las colonias, las dificultades por las que atravesaba una burguesía antaño próspera y satisfecha serán dos elementos que contribuirán decisivamente a la toma de conciencia política de ésta, llevándole a reflexionar sobre la necesidad de hacer circular el país por otras vías” (Cabral, 1990: 33). En distintos lugares de la nación, especialmente en Cataluña y en Andalucía, se gestó una burguesía comercial ligada a la industria algodonera y a la intensificación agrícola, partidaria de la modernización del país (Termes, 1977). El dinamismo económico de las regiones favoreció la recepción de las ideas más reformistas de Europa, si bien las mismas se desarrollaron de manera muy irregular en el territorio (Lida, 1973).

El utopismo español se conformó como un movimiento elitista compuesto “en su mayoría por intelectuales de raíz pequeño burguesa, que permanecen al margen del naciente movimiento obrero” (Elorza, 1970: 8). Algunos autores critican que se limitó a importar los planteamientos teóricos del socialismo utópico francés, careciendo la corriente española de originalidad propia (Elorza, 1991; Gómez Tovar, L. y Paniagua, J. 1991). Otros, por el contrario, denuncian que en España las doctrinas socialistas fueron leídas e interpretadas de acuerdo con su contexto sociopolítico, haciendo que la corriente merezca ser estudiada de manera diferenciada (Maluquer, 1977).

Asimismo, la originalidad se pone de manifiesto en el hecho de que en España no sólo tuvo influencia el pensamiento de un socialista utópico en concreto, sino que se desarrollaron escuelas de distintos pensadores. Los estudios realizados sobre el socialismo utópico español destacan, sobre todo, la diseminación de las fuentes francesas comandadas por las ideas de Fourier, Saint-Simon o Cabet, si bien no fueron las únicas (Aisa, 2012).

V.1. Figuras destacadas del socialismo utópico español

Por lo que a seguidores del pensamiento de Fourier se refiere, destacan, entre otros, Joaquín Abreu y Fernando Garrido. Sin embargo, no puede hablarse de “un fourierismo puro” pues sus discípulos, en realidad, “toman ideas no sólo de Fourier, sino también de Robert Owen, Louis Blanc, Alphonse Esquiros, Pierre-Joseph Buchez Proudhon” (Zavala, 1972: 131).

Abreu es considerado el primer “propagador” de las ideas fourieristas en España (Garrido, 1971). Durante el Trienio Liberal (1820-1823) formó parte de la Diputación Provincial de Cádiz y fue diputado a Cortes, instituciones desde las cuales combatió fervientemente para poner fin al Antiguo Régimen. Como consecuencia de la actuación de los “Cien mil hijos de San Luís” el régimen absolutista fernandino fue restaurado viéndose obligado a un largo exilio, hecho que lo haría pasar por Francia. Aquí se impregnó del pensamiento fourierista, conoció al mismísimo Fourier en persona y participó en la puesta en marcha del primer falansterio en Condé-sur-Vesgre.

En lo que a ideas se refiere, Abreu se interesó por un aspecto concreto de la teoría fourierista, “aquel que plantea la problemática social” (Maluquer, 1977: 139), incidiendo en las contradicciones de un sistema capitalista en el que, pese a que la gran mayoría de personas trabajasen sin cesar, no obtenían, sin embargo, lo suficiente como para poder vivir dignamente. Por ello defendió la necesidad de dar con una nueva forma de trabajar, libre y variada, que dignificase al empleado. Para poner en marcha este nuevo sistema

social armónico, defendió la constitución de falansterios y la intervención estatal para “propiciar una justa distribución del producto que los intereses particulares no eran capaces de garantizar” (Sánchez Hormigo, 2001: 591-592).

Garrido Tortosa, discípulo de Abreu, capitanea aquella corriente de fourieristas que centrarán “sus actividades en la lucha por la democracia, haciendo posible que los ideales socialistas y la lucha política en el terreno de los partidos pudieran marchar de la mano” (Cabral, 1990: 50). Y es que, tras Abreu, el fourierismo en España se aleja definitivamente de los “enfoques imaginativos o fantásticos” (Fernández Urbina, 1984: 68) Señala Elorza en este sentido que, si bien “la utopía no desaparece (...) se relega a un plano alejado de los objetivos inmediatos: el falansterio cede su puesto al ensayo en un ámbito comunal y la subversión radical del orden moral a la prioridad absoluta otorgada al plano de la reforma industrial” (Elorza, 1975: LXXXII).

Las ideas del Conde de Saint Simon tuvieron, sin embargo, menor impacto en nuestro país (Maluquer, 1977). Entre los seguidores figuran miembros de la burguesía catalán entre cuyos nombres destacan Pere Felip Monlau, Pere Mata, Antonio Ribot y Fontserè o Manuel Milà i Fontanals. Sin embargo, quien mayor atención mereció fue Andrew Covert Spring, sobre cuya verdadera identidad todavía existen discrepancias.

El influjo y la promoción de estas ideas reformistas se difundirá, fundamentalmente, a través de la publicación de diversos artículos en distintos diarios. La mayoría de estos textos prestan especial atención a la “necesidad de defender a los sectores productivos frente a los ociosos” (Elorza, 1970: 23). Se criticaba la deplorable situación en que se encontraban los nuevos obreros, los cuales, aunque la ley establecía que eran libres, en realidad eran los nuevos esclavos.

En la nueva sociedad armónica que estos pensadores defendían, el trabajo y el esfuerzo se convertían en piedra angular de su correcto funcionamiento. Señala Maluquer que esta corriente se basaba en la idea de promover el “bienestar material a través de la destrucción de los privilegios de los ociosos, de la liquidación de los rentistas y del crecimiento económico” (Maluquer, 1977: 104-105). Sin embargo, el saint-simonismo en España nunca defendió una sociedad igualitarista sino que, creyó que eran los más capaces los que debían de comandar la sociedad. La autoridad y la obediencia, unidas a un programa educativo ambicioso, asegurarían el buen funcionamiento de la sociedad. No es raro, por ello, que el saint-simonismo rechazase máximas como el sufragio universal o una forma democrática de organización del gobierno, promoviendo por el contrario una sociedad elitista formada por los más capaces.

Las ideas de Étienne Cabet tuvieron un gran impacto en España. Maluquer de Motes señala que, muy probablemente, se deba a que el francés se esforzó por proporcionar “respuestas alternativas muy claras a cada uno de los resortes de la sociedad burguesa en gestación” (Maluquer, 1977: 238), algo que el resto de los autores no hicieron.

Entre sus simpatizantes encontró a buena parte de la nueva burguesía republicana catalana entre cuyos nombres se encuentra Narcís Monturiol, José Anselmo Clavé, José Orellana o Joan Rovira. Cataluña era por aquel entonces la “única región española donde existía un amplio contingente proletario” (Fernández Urbina, 1984: 71), que vivía en una situación “realmente calamitosa” (Gómez Casas, 1978: 14). Este contexto hizo que “el interés por el progreso y el temor a la explosión de los oprimidos llevase necesariamente a la ilustración a la difusión de las teorías sociales más modernas” (Zavala, 1972: 61). Mientras que la represión se aplicó de manera sistemática hacia las primeras prácticas asociacionistas, y hacia sus dirigentes, con el fin de evitar su propagación, Cabet, divulgó “un comunismo igualitario, fraternal, democrático y no violento” (Gómez Casas, 1978: 24) que se desarrollaría lejos de la influencia de la vieja Europa.

Con el fin de poner en marcha su aldea armónica, Cabet realizó una activa campaña de propaganda en busca de adeptos que estuviesen dispuestos a acompañarlo en su aventura al Nuevo Mundo. Su principal aliado en España será Narcís Monturiol. El proyecto icariano tuvo éxito en otros tantos. Llegó incluso a fundarse un Comité Icariano barcelonés “encargado de escoger los correligionarios que partían en el primer viaje a Norteamérica” (Zavala, 1972: 140). Finalmente, será el médico catalán Joan Rovira el elegido para formar parte del primer grupo de personas llamadas a constituir el proyecto icariano. Sin embargo, tampoco en la tierra prometida fue posible poner en marcha esta comunidad feliz, ya que al llegar al “Nuevo Mundo” los problemas no hicieron más que aumentar.

Finalmente, en lo que a las ideas de Robert Owen se refiere, la mayor parte de los estudiosos en la materia, siempre han descartado su influencia en España (Elorza, 1970; Cabral, 1990; Maluquer, 1977; o, Zavala, 1972). Otros, por el contrario, han creído encontrar indicios de su pensamiento en distintos pensadores ilustrados, así como en el movimiento cooperativista que tanta importancia tuvo en el entorno catalán (Aisa, 2012; Gómez Casas, 1978; Kumar, 1992; Esteve Mallent, 2017).

VI. Conclusión

El siglo XIX fue un siglo de profundos cambios económicos, políticos y sociales que resultaron fundamentales para el progreso y consolidación de las sociedades que hoy conocemos. De la mano de los avances, estallaron, nuevos problemas que acentuaron las desigualdades sociales, poniendo de manifiesto los problemas derivados de una pronta cristalización del proceso industrializador y del desarrollo de los valores liberales. En este contexto, un conjunto de pensadores agrupados bajo la etiqueta de “socialistas utópicos” reflexionaron acerca de cómo a través de la introducción de diversas reformas, podría lograrse un mundo más justo y armónico, resultando fundamentales muchas de sus recomendaciones para la configuración del posterior Estado de Bienestar.

Bibliografía

- Aisa, F. 2012. *Utopia. Del somni igualitari al pensament únic*. Barcelona: Icaria.
- Ansary, P. y Schoonbrodt, R. 1989. *Penser la ville. Choix de texts philosophiques*. Bruselas: Archives d'Architecture Moderne.
- Artola, M. 1991. *Antiguo Régimen y revolución liberal*. Barcelona: Ariel.
- Ashton, T. S. 1959. *La Revolución Industrial, 1760-1830*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Beer, M. 1984. *A History of British Socialism*. Nottingham: Russell Press Ltd.
- Benevolo, L. 1979. *Los orígenes del urbanismo moderno*. Madrid: Blume.
- Benevolo, L. 1999. *Historia de la arquitectura moderna*. Barcelona, Gustavo Gili.
- Bloch, E. 2006. *El principio de la esperanza*, vol. 2. Madrid: Trotta.
- Borsi, F. 1997. *Architecture et utopie*. París: Hazan.
- Bravo, G. M. 1976. *Historia del Socialismo, 1789-1848. El pensamiento socialista antes de Marx*. Barcelona: Ariel.
- Buret, E. 1840. *De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France*. París: Gallica.
- Cabral Chamorro, A. 1990. *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismogaditano, 1834-1848*. Cádiz: Diputación Provincial.
- Cairol, E. 2012. “Philosophenweg Paseos filosóficos: de Rousseau a Benjamin”, *Revista de Occidente*, n. 370. 33-50.
- Cappelletti, A. 1968. *El socialismo utópico*. Rosario: Grupo Editor de Estudios Sociales.

- Casariago, J. E. 1950. *Los comienzos del industrialismo capitalista en España*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- Castronovo, V. 1975. *La revolución industrial*. Barcelona: Nova terra.
- Cole, G. H. D. 1964. *Historia del pensamiento socialista I. Los precursores (1789-1850)*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Claeys, G. 2011. *Utopía. Historia de una idea*. Madrid: Siruela.
- De Cabo, I. 1987. *Los socialistas utópicos*. Barcelona: Ariel.
- Del Águila, R. 2010. “El socialismo utópico” en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la Teoría Política, 4. Historia, progreso y emancipación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Díez Rodríguez, F. 2014. *Homo Faber. Historia intelectual del trabajo, 1675-1945*. Madrid: Siglo XXI.
- Donges, J. B. 1976. *La industrialización en España. Políticas, logros, perspectivas*. Barcelona: Oikos-tau.
- Durkheim, E. 1967. *De la division du travail social*. Buenos Aires: Schapire.
- Elorza, A. 1970. *Socialismo utópico español*. Madrid: Alianza.
- Elorza, A. 1991. *El fourierismo en España*. Madrid: Alianza.
- Engels, F. 1961. *Socialismo utópico y socialismo científico*. Buenos Aires: Ed. Coyoacan.
- Engels, F. 1965. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires: Editorial Futuro.
- Esteve Mallent, K. 2017. *Robert Owen en el pensamiento utópico español. Reforma política y espacios urbanos*. Menéndez Alzamora, M. (dir.), Universidad CEU Cardenal Herrera, Valencia.
- Faucher, M. L. 1844. *Manchester in 1844; its Present Condition and Future Prospects*. Manchester: Abel Heywood.
- Fernández de Pinedo, E. 1985 “Manufacturas y artesanado” en Tuñón de Lara, M. *Historia de España. VII, Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen (1715-1833)*. Madrid: Sarpe.
- Fernández Urbina, J. M. 1984 *Sixto Cámara. Un utopista revolucionario*. Vizcaya: Universidad del País Vasco.
- Flinn, M. W. 1970. *Orígenes de la Revolución Industrial*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Garrido, F. 1971. *Historia de las clases trabajadoras. IV. El trabajador asociado*. Madrid: Zero.
- Gómez Casas, J. 1978. *Historia del anarcosindicalismo español. Epílogo hasta nuestros días. La España del éxodo y del llanto*. Madrid: Zero.
- Gómez Tovar, L. y Paniagua, J. 1991. *II Utopías libertarias españolas, siglos XIX-XX*. Madrid: Tuero.
- Hill, C. 1980. *De la Reforma a la Revolución Industrial 1530-1780*. Barcelona: Ariel.
- Kay, J. P. 1969. *The Moral & Physical Condition of the Working Classes Employed in the Cotton Manufacture in Manchester (1832)*. Manchester: E. J. Morten.
- Kumar, K. 1992. “El pensamiento utópico y la práctica comunitaria: Robert Owen y las comunidades owenianas”. *Política y Sociedad*, 11.
- Lanceros, P. 2010. “Introducción. Crítica, organización y progreso” en Claude-Henri Saint Simon, *De la reorganización de la sociedad europea*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Leroy, M. 1950. *Histoire des idées sociales en France*, vol. II. París: Gallimard.
- Lida, C. E. 1973. *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos*. Madrid: Siglo XXI.
- Maluquer de Motes, J. 1977. *El socialismo en España, 1833-1868*. Barcelona: Crítica.
- Mann, P. H. 1968. *An Approach to Urban Sociology*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

- Manuel, F. E. 1982. *Utopías y Pensamiento Utópico*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Manuel, F. E. y Manuel F. P. 1981-1984. *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, 3 vols.. Madrid: Taurus.
- Meakin, B. 1905. *Model Factories & Villages. Ideal Conditions of Labour and Housing*. Londres: T. Fisher Unwin.
- Morton, A. 1970. *Las utopías socialistas*. Barcelona: Martínez Roca.
- Mumford, L. 1998. *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza.
- Mumford, L. 2013. *Historia de las utopías*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Nadal, J. 1989. *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*. Barcelona: Ariel.
- Nadal Oller, J. et. al. 2003. *Atlas de la Industrialización de España. 1750-2000*. Barcelona: Crítica.
- Rule, J. 1990. *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Sánchez Hormigo, A. 2001. "Fourieristas y cabetianos" en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles 5. Las críticas a la economía clásica*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Stevenson, D. 2003. *Cities and urban cultures*. Maidenhead: Open University.
- Taylor, K. 1982. *The Political Ideas of the Utopian Socialists*. Londres y Totowa: Frank Class and Company Limited.
- Termes, J. 1977. *Anarquismo y sindicalismo en España. La Internacional (1868-1881)*. Barcelona: Crítica.
- Tortella Casares, G. 1975. *Los orígenes del Capitalismo en España. Banca, Industria y Ferrocarriles en el siglo XIX*. Madrid: Tecnos.
- Trousseau, R. 1995. *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Península.
- Tuñón de Lara, M. 1985. *El movimiento obrero en la Historia de España (I)*, Madrid: SARPE.
- Vicens Vives, J. 1982. *Historia de España y América social y económica. Volumen V. Los siglos XIX y XX. América independiente*. Barcelona: Vicens Vives.
- Walkowitz, J. R. 1980. *Prostitution and Victorian Society; Women, Class and the State*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Watson, R. 1969. *Edwin Chadwick, Poor Law & Public Health*. Leeds, Longmans, Green and Co. Ltd..
- Zavala, I. M. 1972. *Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX*. Madrid: SigloXXI.